

CAPÍTULO IX

El pesebre del rey Fernando

El título de este capítulo debe parecer poco menos que ininteligible á nuestros lectores: comencemos, pues, por darles una explicación.

Una de las más grandes solemnidades de Nápoles, una de la más celebradas es la pascua de Navidad — *Natale*, como allí se llama. — Con tres meses de anticipación, las familias más pobres se privan de todo para hacer algunos ahorros, parte de los cuales va á la lotería, con la esperanza de ganar un buen premio y poder pasar alegremente la santa noche; y lo restante se reserva para el caso en que la madona de la lotería, — porque en Nápoles hay madonas para todo — para el caso en que la madona de la lotería se muestre inflexible.

Los que no consiguen hacer ahorros, llevan al Monte de piedad sus joyas, sus miserables vestidos y hasta los colchones de sus camas.

Los que no tienen joyas, ni colchones, ni vestidos que empeñar, roban.

Se ha notado que había siempre en Nápoles re-
crudescencia de robos durante el mes de Diciembre.

Cada familia napolitana, por pobre que sea, debe tener en la cena de la noche de Navidad, lo menos tres platos de pescado.

El primer día de Pascua, una tercera parte de la población de Nápoles está enferma de indigestión, y treinta mil personas se tienen que sangrar.

Los napolitanos se sangran á cada paso; se sangran porque han tenido calor, porque han tenido frío, porque ha soplado el *sirocco*, porque ha hecho *tramontana*.

Yo tengo un criadito de once años de edad, que de diez francos que le doy todos los meses, pone siete á la lotería, da una renta de dos cuartos diarios á un fraile que le proporciona hace tres años números de que hasta ahora no ha salido ninguno, y guarda los treinta y seis cuartos restantes para hacerse sangrar.

De tiempo en tiempo, entra en mi gabinete, y me dice gravemente:

— Señor, necesito sangrarme.

Y se hace sangrar, como si un lancetazo en la

vena fuese la cosa más recreativa del mundo.

Á cada cincuenta pasos se encuentran en Nápoles, y sobre todo en la época á que nos referimos, barberías cuyos dueños, *salassatori*, como en los tiempos de Figaro, tienen la navaja en una mano y la lanceta en la otra.

Perdónesenos la digresión, pero la sangría es un rasgo de las costumbres napolitanas que no podíamos pasar en silencio.

Volvamos á la pascua de Navidad, y sobre todo á lo que íbamos á decir á propósito de Nápoles.

Íbamos á decir que una de las grandes diversiones de Nápoles, al acercarse la *Natale*, diversión que entre los napolitanos de viejo cuño ha persistido hasta nuestros días, era la composición de los pesebres ó nacimientos.

En 1798, había pocas casas principales de Nápoles que no tuviesen su pesebre, ora un pesebre en miniatura para diversión de los niños, ora un gigantesco pesebre para edificación de las personas mayores.

El rey Fernando era famoso entre todos por su manera de hacer el pesebre; y en la sala más espaciosa del palacio real había hecho construir un teatro tan grande como el *Teatro Francés* de París para instalar en él su pesebre.

Era una de las diversiones en que el príncipe de San Nicandro había ocupado su activa juventud, y por la cual había conservado la afición, ó por mejor decir, el fanatismo en su edad madura.

En las casas particulares se hacía y aun se hace hoy, servir los mismos objetos de que se componen los pesebres en todas las fiestas de Navidad; la única diferencia consistía en su disposición. Pero en el palacio del rey no sucedía así; después de haber permanecido un mes ó dos expuesto á la admiración de los espectadores, el real pesebre era desmantelado, y de los objetos que le componían el rey hacía regalos á sus favoritos, que recibían estos dones como una preciosa muestra del favor real.

Los pesebres particulares costaban según las fortunas, de quinientos á diez mil y aun quince mil francos; el del rey Fernando, por el concurso de los pintores, de los escultores, de los arquitectos y de los maquinistas que empleaba; costaba dos ó trescientos mil francos.

Con seis meses de anticipación ocupábase el rey de la obra, y consagraba á su pesebre todo el tiempo que no dedicaba á la caza ó á la pesca.

El pesebre de 1798 debía ser de los más hermosos, y el rey llevaba ya gastadas en él sumas considerables, aunque no estaba completamente termi-

nado. He aquí por qué el día anterior, hallándose escaso de dinero, á causa de los gastos hechos para los preparativos de la guerra, había manifestado cierto apresuramiento infantil, cualidad notable de su carácter, en el ingreso de la parte que la casa Backer é hijo tomaba por su cuenta en la negociación de la letra de cambio de veinticinco millones.

Los ocho millones, pesados y contados en la misma noche, habían sido transportados, como Andrés Backer prometiera, de los sótanos de su casa á los del palacio real.

Y Fernando, alegre y radiante, sin temor de que en adelante le faltase dinero, había mandado llamar á su amigo el cardenal Ruffo, primero para enseñarle su pesebre y preguntarle lo que le parecía, y después para aguardar á su lado la vuelta del correo Antonio Ferrari, que, puntual como era, hubiese debido llegar á Nápoles durante la noche, y no habiendo llegado, no podía faltar aquella mañana.

Mientras tanto, entreteníase hablando de los méritos de San Efrema con nuestro antiguo conocido fray Pacífico, á quien su popularidad, siempre creciente, sobre todo desde que dos jacobinos habían sido sacrificados á aquella popularidad, valía el honor insigne de ocupar un puesto en el pesebre del rey Fernando.

En su consecuencia, fray Pacífico y su asno Jacobino, en un rincón de la parte del salón que había de servir de patio después de la apertura del pesebre, estaban delante de un escultor que los modelaba en barro para tallarlos después en madera.

Dentro de poco diremos el puesto que les estaba destinado en la gran composición que vamos á desenvolver á la vista de nuestros lectores.

Hemos dicho ya que el pesebre del rey estaba fabricado sobre un teatro tan grande como el Teatro Francés, es decir, que tenía de treinta y seis pies de anchura por cuarenta á cuarenta y cinco de fondo, dividido en cinco planos ó términos.

Toda la escena estaba ocupada por objetos diversos que representaban los principales hechos de la vida de Jesús, desde su nacimiento en el pesebre, que ocupaba el primer plano, hasta su crucifixión en el Calvario, que ocupaba el último.

Un camino iba serpenteando por todo el teatro y parecía conducir de Belén al Gólgota.

El primero y más importante de todos estos asuntos que se presentaban á la vista era, como ya hemos dicho, el nacimiento de Cristo en la gruta de Belén.

La gruta estaba dividida en dos compartimientos: en el mayor estaba la Virgen con el Niño Jesús, que

tenía en sus brazos ó más bien en su falda : á su derecha se hallaba el asno, que rebuznaba, y á la izquierda el buey, que lamía la mano que le alargaba el Niño Jesús.

En el compartimiento más pequeño estaba San José orando.

Encima del gran compartimiento estaban escritas estas palabras :

GRUTA TOMADA DEL NATURAL EN BELÉN,
Y EN LA CUAL PARIÓ LA VIRGEN.

Encima del otro había éstas :

CUEVA Á DONDE SE RETIRÓ SAN JOSÉ
DURANTE EL PARTO.

Estaba la Virgen ricamente vestida de brocado de oro ; tenía en la cabeza una diadema de diamantes, pendientes y brazaletes de esmeralda, un cinturón de piedras preciosas y sortijas en todos los dedos.

El Niño Jesús tenía alrededor de la cabeza una hoja de oro que representaba la aureola.

En el compartimiento de la Virgen y del Niño Jesús se hallaba el tronco de una palmera que atravesaba la bóveda é iba á extender sus alas al aire

libre : era la palmera de la leyenda, que, seca hacía mucho tiempo, había recobrado sus hojas y sus frutos en el momento en que la Virgen, en uno de los dolores del parto, se había asido á ella y la había oprimido entre sus brazos.

Arrodillados á la puerta del establo estaban los tres reyes magos que traían joyas, vasos preciosos y magníficas telas al Niño divino. Joyas, vasos y telas eran reales y verdaderas, sacadas del tesoro de la corona ó del Museo Borbónico ; los reyes magos tenían al cuello la condecoración de *San Gennaro*, y un gran número de lacayos formaban su comitiva, conduciendo por la brida seis caballos uncidos á una magnífica carroza.

Esta gruta, con sus personajes de tamaño semi-natural, se hallaba á la izquierda del espectador.

Á la derecha estaban los tres pastores guiados por la estrella ; dos de ellos llevaban cada uno un carnero atado con lazos de cinta, y el tercero tenía en brazos un cordero al que su madre seguía balando.

Más allá de los pastores, en el segundo plano, estaba la huída á Egipto : la Virgen montada en un asno, con el Niño Jesús en brazos, iba seguida de San José, mientras que por encima de ella cuatro ángeles suspendidos en el aire la preservaban de los

ardores del sol, extendiendo sobre su cabeza un manto de terciopelo azul con franjas de oro.

El grupo destinado á hacer juego con la huida á Egipto debía componerse de fray Pacífico y de su asno, representados *al natural*, como la gruta de Belén; y para que el parecido fuese perfecto y el hombre y el animal pudiesen ser reconocidos á primera vista, el rey había mandado llamar al hermano cuestor á su palacio relevándolo del cargo de pedir en los días que durasen las sesiones de escultura. Tres habían pasado ya de esta manera, con gran satisfacción de fray Pacífico y de Jacobino, quienes en sus sueños de ambición más exagerados no hubiesen aspirado nunca al honor de hallarse cara á cara con el rey.

De modo que fray Pacífico tenía que contenerse para no gritar: « ¡ Viva el rey ! » y Jacobino, que veía rebuznar á su colega el del pesebre, se afirmaba sobre sus cuatro patas para no hacer otro tanto.

Los demás asuntos eran: Jesús enseñando á los doctores el episodio de la Samaritana, la pesca milagrosa, Jesús andando sobre las aguas y sosteniendo al poco crédulo San Pedro, el grupo de Jesús y de la mujer adúltera, grupo en el cual se echaba de ver que, fuese por casualidad ó por malicia cínica del rey Fernando, la pecadora á quien perdona

Cristo tenía los cabellos rubios como la reina y el labio inferior saliente de las princesas austriacas.

Ocupaba el cuarto plano la comida en casa de Marta, comida durante la cual fué Magdalena á derramar perfumes en los pies de Cristo y á enjugarlos con sus cabellos, y la entrada triunfal de Nuestro Señor en Jerusalén el domingo de Ramos. Guardaban la puerta de la ciudad guardias de corps con uniformes de gala que presentaban las armas á Jesús. Jerusalén ofrecía además de esto la particularidad de hallarse fortificada según el sistema del ingeniero Vaubán y defendida por cañones: lo que, como es sabido, no impidió que cayese en poder de Tito.

Por la otra puerta de Jerusalén veíase salir á Jesús, con la cruz á cuestas, rodeado de guardias y de pueblo, marchando al Calvario, cuyas estaciones estaban marcadas por cruces.

El Gólgota terminaba la perspectiva á la izquierda del espectador y la izquierda del pesebre representaba el valle de Josafat con los muertos saliendo de las tumbas en actitudes de esperanza ó de terror, aguardando el juicio final á que los convocaba la trompeta del ángel que se cernía sobre sus cabezas.

En los intervalos y en el camino que conducía serpenteando de la gruta al Calvario, se veían grupos que en nada tenían relación con la arqueología,

pantalons que bailaban, *paglietti* que disputaban, *lazzaroni* que se burlaban, y, por último, polichinelas que comían macarrones con la fruición propia de los napolitanos, para quienes el macarrón representa la ambrosía antigua, que sienten al tragar este alimento descendido del Olimpo á la tierra.

Ningún terreno se había desperdiciado en las superficies planas. Sin inquietarse del nacimiento de Jesús, los segadores recogían la cosecha, mientras que en la pendiente los viñadores vendimiaban ó los pastores apacentaban sus rebaños.

Y todos estos personajes, que llegaban á cerca de trescientos, estaban ejecutados por hábiles artistas y eran de tamaño proporcionado al sitio que ocupaban, de suerte que contribuían á que pareciese inmensa la perspectiva.

El rey estaba de vena: mientras echaba una mirada sobre su pesebre, puesto bajo la dirección del maquinista del teatro de San Carlos, para la colocación de los personajes, escuchaba la leyenda del *beccaio*, que cada día tomaba proporciones más formidables en boca de fray Pacífico. En efecto; el degollador de los machos cabríos, después de verse atacado por un jacobino, después por dos y luego por tres, concluyó por no contar ya el número de sus adversarios, y si se le daba crédito había sido

atacado como Falstaff por todo un ejército.

Fray Pacífico fué interrumpido en su relato por la llegada del cardenal Ruffo, á quien el rey había mandado llamar.

Fernando recibió muy bien al cardenal, quien reconociendo al fraile y sabiendo de qué abominable crimen había sido causa si no agente, se apartó de él so pretexto de admirar el pesebre del rey.

La imagen de fray Pacífico estaba concluida. Además de tres cargas de pescado, de legumbres, de frutas, de carne y de vino que había sacado de palacio y con las cuales volvió Jacobino medio deslomado al monasterio, mandó el rey que le contaran cien ducados por cada sesión de las empleadas para sacar su retrato, á título de limosna, y lo despachó pidiéndole su bendición; y en tanto que el fraile, bendecidor digno del bendecido, con el corazón rebosando de orgullo se alejaba sobre su burro, el rey se acercó al cardenal Ruffo.

— Ahora bien, eminentísimo señor, le dijo; ya estamos en el 4 de Octubre y sin noticias de Viena. Contra su costumbre Ferrari tarda ya cinco ó seis horas; por esto os he mandado llamar, convencido de que no puede tardar, y pensando, como egoísta que soy, que me divertiré en vuestra compañía, en tanto que me aburriría estando solo.

— Y habéis hecho tanto mejor, señor, respondió Ruffo, cuanto que al cruzar el patio he visto conducir á la cuadra un caballo cubierto de espuma y de sudor y un hombre á quien otros sostenían por los brazos. Este hombre subía penosamente la escalera de vuestro aposento, y en sus grandes botas y en sus calzones de gamuza he creído reconocer al pobre diablo que esperáis; acaso le ha sucedido alguna desgracia.

El aquel momento apareció en el umbral de la puerta un lacayo, y dijo:

— Señor, el correo Antonio Ferrari ha llegado y espera en vuestro gabinete que V. M. se digne recibir los despachos que trae.

— Eminentísimo, he aquí la respuesta que esperábamos.

Y sin tomarse la pena de averiguar si Ferrari estaba herido, Fernando subió rápidamente una escalera secreta y se instaló con Ruffo en su gabinete antes que el correo, que á causa de la herida que había recibido, subía lentamente y se veía obligado á detenerse á cada diez pasos.

Al cabo de algunos segundos abrióse la puerta del gabinete y entró Antonio Ferrari, sostenido por dos hombres, pálido y con la cabeza envuelta en una venda ensangrentada.

CAPÍTULO X

Poncio Pilatos

Al ver al rey, Ferrari apartó los dos hombres que le sostenían, y como si la presencia de su amo bastase para volverle las fuerzas, dió solo tres pasos adelante, y mientras que los dos hombres se retiraban y cerraban la puerta tras ellos, él sacó del bolsillo el despacho y le presentó al rey levantando la mano izquierda á la altura de la frente para hacerle el saludo militar.

— ¡ Bueno! dijo el rey tomando el despacho; ¡ imbécil!

— Señor, respondió Ferrari, V. M. sabe que no hay en todas las cuadras del reino caballo capaz de desmontarme; es mi caballo y no yo el que se ha dejado caer, y cuando el caballo cae, preciso es, señor, que el jinete, aunque sea el rey, caiga también.

— ¿ Y dónde te ha sucedido eso? preguntó Fernando.

— En el patio del palacio de Caserta, señor.

— ¿Y qué diablos ibas tú á hacer en el patio del palacio de Caserta?

— El maestro de postas de Capua me había dicho que el rey estaba en el palacio.

— Es verdad que estaba, gruñó el rey; pero salí de allí á las siete.

— Señor, dijo el cardenal viendo palidecer y tambalearse á Ferrari; si V. M. quiere continuar el interrogatorio, debe permitir á este hombre que se siente, sino se desmayará.

— Está bien, dijo el rey. Siéntate, ¡ animal!

El cardenal acercó un sillón y ya era tiempo : Ferrari cayó en él desvanecido.

Sorprendió al rey el trabajo que se tomaba el cardenal por asistir á su correo, y llamándole aparte, le dijo :

— ¿ Habéis entendido lo que ha dicho, cardenal?

— Sí, señor.

— ¡ Justamente en Caserta! repitió el rey.

Y dirigiéndose á Ferrari, añadió :

— ¿ Y cómo ha sucedido eso?

— Había tertulia en el aposento de la reina, señor, respondió el correo. El patio estaba lleno de coches; volví riendas bruscamente y no sostuve

bastante el caballo, que cayó é hizo que me rompiese la cabeza contra un poste.

— ¡ Hum! dijo el rey.

Y revolvía entre sus manos la carta que acababa de recibir sin atreverse á abrirla.

— ¿ Y es del emperador esta carta? preguntó al correo.

— Sí, señor; he llegado dos horas más tarde de lo que debía, porque el emperador estaba en Schenbrunn.

— Veamos lo que me escribe mi sobrino. Venid, cardenal.

— Permitid, señor, que dé antes un vaso de agua á este hombre y un pomo de esencias, á menos que Vuestra Majestad no le permita retirarse, en cuyo caso llamaré á los hombres que le han conducido aquí para que le acompañen...

— No, no, eminentísimo, ya veis que aun no le he interrogado.

En aquel momento oyeron arañar á la puerta del gabinete que daba á la alcoba y los aullidos de un perro.

Era Júpiter que había conocido á Ferrari, y que deseaba verle, más inquieto por su amigo que Fernando por su servidor.

También Ferrari le conoció, y alargó maquinalmente el brazo hacia la puerta.

— ¡ Quieres callarte, Júpiter! gritó Ferrari dando una patada en el suelo.

Ferrari dejó caer el brazo.

— Señor, dijo Ruffo, ¿ no permitiréis que dos amigos, después de haberse dicho adiós al separarse, se saluden al volver?

Y pensando que Júpiter le serviría al correo de vaso de agua y de esencias, aprovechó la coyuntura de hallarse el rey absorto en la lectura del despacho, para ir á abrir á Júpiter la puerta de la alcoba.

Éste, como si hubiese adivinado que debía el favor que había recibido á una distracción de su amo, deslízose arrastrando la cola y pasando lo más lejos posible del rey en dirección á Ferrari; y dando vueltas alrededor del herido, ocultóse detrás de su silla, alargando su cabeza acariciadora por entre la pierna y la mano del que le había criado.

— ¡ Cardenal, querido cardenal! dijo el rey.

— Heme aquí, señor, respondió Su Eminencia.

— Leed.

Y luego, dirigiéndose al correo, mientras que el cardenal tomaba la carta y la leía, preguntóle:

— ¿ Es el emperador mismo quien ha escrito esta carta?

— No lo sé, señor, respondió el correo; pero es él quien me la ha entregado.

— ¿ Y puesto que él mismo te la ha entregado, nadie la habrá visto?

— Puedo jurarlo, señor.

— ¿ No te has separado de ella?

— Estaba en mi bolsillo cuando me desmayé, y en el bolsillo la he encontrado al recobrar los sentidos.

— ¿ Luego te has desmayado?

— No ha sido culpa mía; el golpe ha sido violentísimo, señor.

— ¿ Y qué hicieron de ti cuando te desmayaste?

— Me llevaron á la botica.

— ¿ Quién?

— Mr. Richard.

— ¿ Quién es Mr. Richard? Yo no le conozco.

— El secretario de Mr. Actón.

— ¿ Quién te ha curado?

— El médico de Santa María.

— ¿ Y nadie más?

— No he visto más que á él y á Mr. Richard, señor.

Ruffo se acercó al rey.

— ¿ Ha leído V. M.? dijo.

— ¡ Pardiez! dijo el rey. ¿ Y vos?

— Yo también.

— ¿ Qué os parece?

— Me parece, señor, que la carta es formal; que

las noticias que el emperador recibe de Roma son las mismas que las nuestras; dice á V. M. que se encargue del ejército del general Championnet, que él se encargará del de Jubert.

— Sí, replicó el rey, y añade que tan luego como yo esté en Roma, él pasará la frontera con ciento cuarenta mil hombres.

— El aviso es positivo.

— El cuerpo de la carta, replicó Fernando con desconfianza, no es de mano del emperador.

— No; pero la salutación y la firma son autógrafas; quizás S. M. I. estaba bastante seguro de su secretario para confiarle el secreto.

Tomó el rey la carta de manos de Ruffo, y la volvió y revolvió en diversos sentidos.

— ¿Queréis enseñarme el sello, señor?

— ¡ Oh! dijo el rey, en cuanto al sello no hay nada que decir: es justamente el busto del emperador Marco Antonio.

— Marco Aurelio, quiere decir V. M.

— Marco Antonio y Marco Aurelio, murmuró el rey, ¿ no es lo mismo?

— No completamente, señor, replicó Ruffo sonriendo; pero la cuestión no es esa: el sobrescrito es de mano del emperador, la firma es de mano del emperador; en conciencia, señor, no podéis pedir

más. ¿ Tiene V. M. otras preguntas que hacer á ese correo?

— No, que vaya á curarse.

Y le volvió la espalda.

— ¡ He aquí por quien van los hombres á matarse! murmuró Ruffo cogiendo el cordón de la campanilla.

Al sonido del timbre, el lacayo de servicio entró.

— Llamad á los dos lacayos que han traído á Ferrari, dijo el cardenal.

— ¡ Oh! gracias, Eminencia; he recobrado fuerzas y podré ir solo hasta mi habitación.

Efectivamente, Ferrari se levantó, saludó al rey y encaminóse hacia la puerta, seguido de Júpiter.

— ¡ Aquí, Júpiter! dijo el rey.

Júpiter se paró; obedeciendo á medias, acompañó á Ferrari con los ojos hasta que éste llegó á la antecámara, y dando un quejido, fué á acostarse bajo la mesa del rey.

— ¡ Y bien, idiota! ¿ qué haces ahí? preguntó Fernando al lacayo que permanecía en pie en la puerta.

— Señor, respondió éste estremeciéndose; Su Excelencia sir William Hamilton, embajador de Inglaterra, pregunta si V. M. tendrá á bien hacerle el honor de recibirle.

— ¡Pardiez ! ya sabes que le recibo siempre.

El lacayo salió.

— ¿Debo retirarme, señor ? preguntó el cardenal.

— No, al contrario, quedaos ; la solemnidad con que se me ha pedido esta audiencia, indica una comunicación oficial, y no me disgustará consultaros sobre ella.

Abrióse la puerta.

— ¡ Su Excelencia el embajador de Inglaterra ! dijo el criado sin presentarse.

— ¡ *Zitto!* dijo el rey mostrando al cardenal la carta del emperador y metiéndosela en el bolsillo.

El cardenal hizo un gesto que correspondía á esta respuesta : « Señor, el encargo era inútil. »

Sir William Hamiltón entró.

Saludó primero al rey y después al cardenal.

— Sed bien venido, sir William, dijo el rey ; yo os creía en Caserta.

— Allí estaba en efecto, señor ; pero la reina nos ha hecho el honor de traernos, á lady Hamiltón y á mí en su carroza.

— ¡ Ah ! ¿ la reina está de vuelta ?

— Sí, señor.

— ¿ Hace mucho que habéis llegado ?

— En este mismo momento, y teniendo una comunicación que hacer á V. M.

El rey miró á Ruffo guiñando el ojo.

— ¿ Secreta ? preguntó.

— Según, señor, replicó sir William.

— Supongo que será relativa á la guerra, dijo el rey.

— Justamente, señor, relativa á la guerra.

— En este caso, podéis hablar delante de Su Emi-
nencia ; precisamente hablábamos de ese asunto en el momento en que os han anunciado.

El cardenal y sir William se saludaron, lo que no hacían nunca cuando podían evitarlo.

— Y bien, dijo sir William reanudando la conversación ; su señoría lord Nelsón fué ayer á pasar la velada en Caserta, y al partir, nos dejó á lady Hamiltón y á mí una carta que creo de mi deber comunicar á Vuestra Majestad.

— ¿ Está escrita en inglés ?

— Lord Nelsón no habla otra lengua ; pero si Vuestra Majestad lo desea, yo tendré el honor de traducírsela en italiano.

— Leed, sir William, dijo el rey ; escuchamos.

Y en efecto, para justificar el plural que había empleado, el rey hizo seña á Ruffo de que escuchase.

He aquí el texto mismo de la carta que sir William traducía del inglés al italiano para el rey, y

que nosotros traducimos al español para nuestros lectores:

Á LADY HAMILTÓN

Nápoles, 3 de Octubre de 1798.

« Mi querida señora:

» El interés que vos y sir William Hamiltón habéis siempre manifestado á Sus Majestades sicilianas, está, desde hace diez años, grabado en mi corazón, y puedo asegurar que en cuantas ocasiones se me han presentado, — y no son pocas — nunca he dejado de manifestar mi sincera simpatía por la felicidad de este reino.

» Esta adhesión, querida señora, hace que no pueda ver indiferente lo que ha pasado y pasa en el reino de las Dos Sicilias, ni las desgracias que, según lo que veo sin ser diplomático, amenazan extenderse sobre toda esta leal nación, y eso, por seguir la peor de todas las políticas, la de la contemporización.

» Desde mi llegada á estos mares, es decir, desde el mes de Mayo último, he visto en el pueblo siciliano un pueblo adicto á su soberano, que detesta terriblemente á los franceses y sus principios.

» Mi permanencia en Nápoles ha confirmado mi opinión, pues desde el primero al último día he visto á los napolitanos dispuestos á guerrear contra los franceses, que, como es sabido, organizan un ejército de bandoleros para saquear el país y derribar la monarquía.

» Y en efecto, ¿ no ha sido siempre la política de Francia, engañar los gobiernos con falsas seguridades para destruirlos después? Y como ya he asegurado, ¿ no se sabe que Nápoles es sobre todo el país que quieren entregar al pillaje? Sabiendo esto, pero sabiendo también que S. M. siciliana tiene un poderoso ejército, dispuesto, según me aseguran, á marchar sobre un país que le abre los brazos, con la ventaja de llevar la guerra al exterior, en lugar de esperarla á pie firme, me admiro de que este ejército no esté en marcha hace un mes.

» Confo en que la oportuna llegada del general Mack decidirá al gobierno á aprovechar el momento más favorable que la Providencia le ha concedido; porque, si ataca ó espera á ser atacado en su casa, en lugar de llevar la guerra al exterior, no se necesita ser profeta para predecir que estos reinos se perderán y que la monarquía será destruída. Ahora bien, si desgraciadamente el gobierno napolitano persiste en su miserable y ruinoso sistema de con-

temporización, os recomendaré, amigos míos, que tengáis dispuestos vuestros objetos preciosos y vuestras personas para embarcarse al primer anuncio de invasión. Es deber mío, atender á vuestra seguridad y también (aunque sienta pensar que puede ser necesario) á la de la amable reina de Nápoles y á la de su familia. Bien que lo mejor sería, que las palabras del gran William Pitt, conde de Chatam, entrasen en la cabeza de los ministros de esa nación.

» Las más audaces son siempre las resoluciones más seguras.

» Tal es el sincero deseo del que se ofrece,

» Querida señora,

» Vuestro muy humilde y adicto admirador y amigo.

» HORACIO NELSON. »

— ¿Eso es todo? preguntó el rey.

— Señor, respondió sir William, hay una posdata.

— Veamos la posdata; á menos que...

É hizo un movimiento, que aparentemente quería decir: « Á menos que la posdata no sea para lady Hamilton sola. » Sir William se apresuró á continuar la lectura.

« Os suplico que recibáis esta carta como una

prueba, para sir William Hamilton, á quien escribo con todo el respeto que le es debido, de la firme é inalterable opinión de un almirante inglés, deseoso de probar su fidelidad á su soberano, haciendo cuanto pueda por el honor de Sus Majestades sicilianas y de su reino ».

— ¿Está todo esta vez? preguntó el rey.

— Sí, señor, respondió sir William.

— Esta carta merece que se medite sobre ella, añadió el rey.

— Encierra los consejos de un verdadero amigo, señor, respondió sir William.

— Creo, querido sir William, que lord Nelson ha prometido ser algo más que un amigo para nosotros; ser un verdadero aliado.

— Y cumplirá su promesa... Mientras lord Nelson y su escuadra estén en el mar Tirreno y en el de Sicilia, Vuestra Majestad no debe temer que sus costas sean insultadas por la presencia de un solo buque francés; pero él cree que dentro de seis semanas ó dos meses, lo mandarán á otra parte: he aquí por qué sería bueno no perder tiempo.

— En verdad parece que se han puesto de acuerdo, dijo el rey en voz baja al cardenal.

— Si así fuera, respondió éste por lo bajo también, tanto mejor.

—Francamente, cardenal, ¿cuál es vuestra opinión sobre esta guerra?

—Creo, señor, que si el emperador de Austria cumple la promesa que os ha hecho, y Nelsón guarda escrupulosamente vuestras costas, valdría más acometer á los franceses que esperar que os atacaran y sorprendieran.

—Eso quiere decir, cardenal, que estáis por la guerra.

—Creo que en el estado que V. M. se encuentra, lo peor es esperar.

—¿Quiere Nelsón la guerra? preguntó el rey á sir William.

—La aconseja al menos con el ardor de una sincera é inalterable adhesión.

—¿Y vos la queréis también? continuó el rey dirigiéndose á sir William.

—Como embajador de Inglaterra, responderé que diciendo sí secundo los deseos de mi *gracioso* soberano.

—Cardenal, dijo el rey señalando con el dedo una palangana; hacedme el favor de echar agua en esa palangana y dármela.

Obedeció el cardenal sin hacer la menor observación.

El rey se levantó los puños de la camisa y se lavó las manos, estregándolas con fuerza.

—¿Veis lo que hago, sir William? dijo.

—Lo veo, señor, respondió el embajador; pero no lo comprendo muy bien.

—Pues bien, voy á explicároslo, dijo el rey: hago como Pilatos; me lavo las manos.